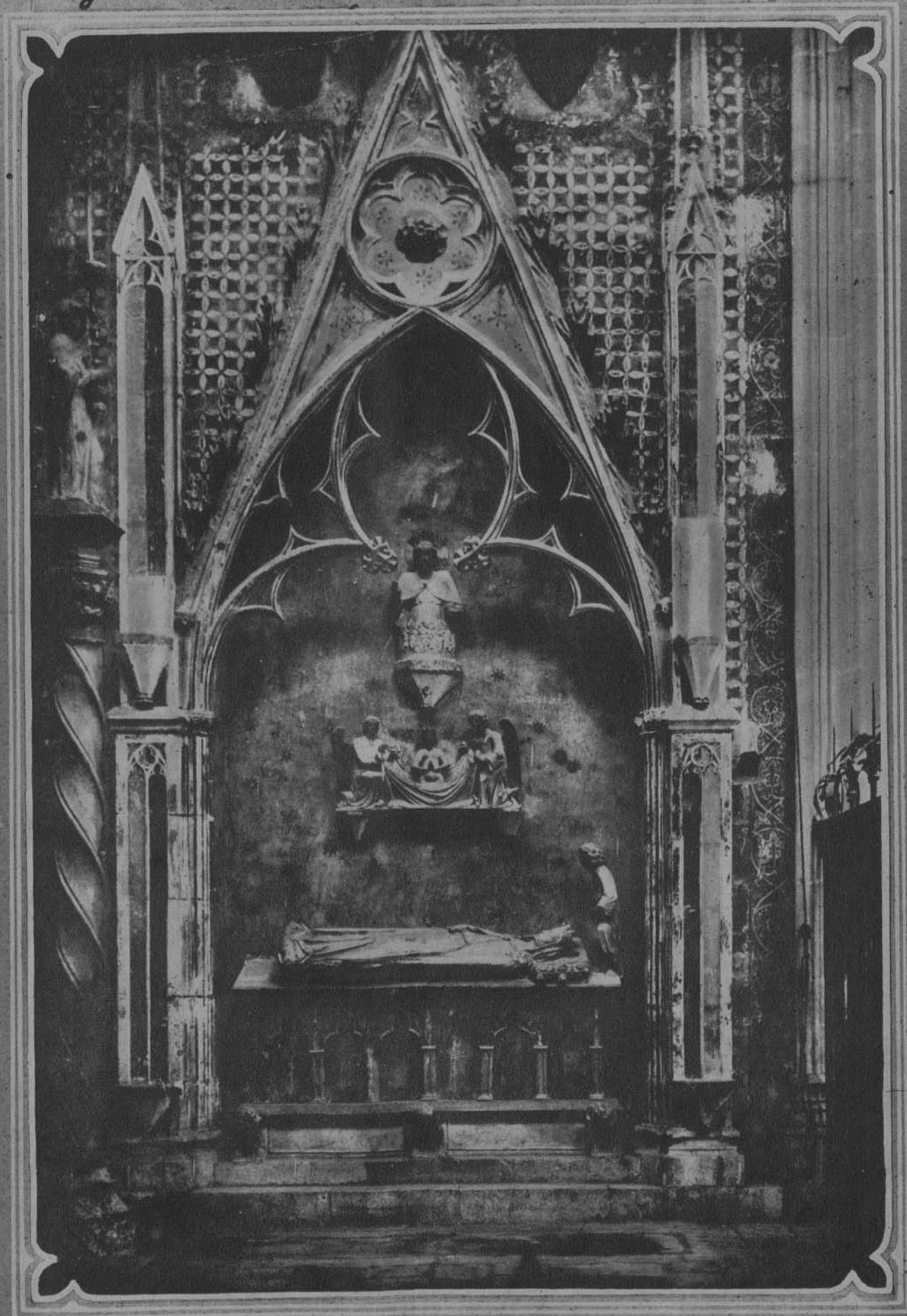


N.º 6. Páginas Extraordinarias de *El Día Gráfico*, 2 Mayo 1926.



Sepulchro de la reina Elisenda de Moncada, Fundadora del Monasterio de Pedralbes, Monasterio de tradiciones reales, de recuerdos de viejas guerras y de leyendas, y que alzado en 1326, celebra este año, el centenario de su fundación.

La Barcelona de fin de siglo.



El puerto de Barcelona en la Exposición de 1888. El saludo de las Escuadras. Cuadro de Sivillá.



La famosa horchatería del "Tío Nello". Cuadro de J. L. Pellicer.

Calle del Dormitorio de San Francisco en 1870.



(Museo de Bellas Artes). [Ents. Vidal Ventosa].

"Llano de la Boqueria" en 1873. Cuadro de Ballistuzzi.



El encantador Valle de Arán.



Un mercado de ganado bovino en Viella. (Fot. H^{no} P.)



*La típica iglesia
de Vilac.*

Les Bordes.



Los pueblecitos de Salardú y Gessa.

(Fot. Piqué)

LAS TIERRAS MISTERIOSAS Y MILENARIAS DE ORIENTE



*Campeños chinos
dirigiéndose a Pekín,
atravesando la gran
muralla.*



*Egipto.-La esfinge y
las pirámides.*

*Por las que han vo-
lado los aviadores
Lóriga, Gallarza y Es-
tévex, pasando por
el cielo de las esfinges
y de las pirámides, de
los grandes templos
búdicos y de las pa-
godas y las murallas
sin término de la
China.*

319



La gran pagoda de Ananda.



*La India.- Imágen del dios
Buda en el templo de Benares.*

La poesía del Llobregat.



Un paisaje del Llobregat lleno de finura.



Junto al río remansado, aparecen los rebaños, en un ambiente de serenidad virgiliana.

Después que el poeta Rubió y Ors hizo famoso su pseudónimo y su libro "Lo gaiter del Llobregat", ni los poetas, ni los pintores han ido a buscar inspiración en el río barcelonés, que a pesar de este olvido, sigue siendo el río sentimental e impresionista.



Otro bello aspecto del río Llobregat.

Y el Llobregat parece uno de esos dulces ríos de Francia, llenos de álamos, chopos y cañares, que tanto amaba el pintor Corot.



(Fots. F. Piqué, Fuster, Carreras y A. Vilalta).



A veces el Llobregat, se abre con amplitud de padre río.



Y en las atardeceres, el Llobregat adquiere un prestigio romántico.

Las maravillosas iglesias románicas de Cataluña.

La iglesia de Santa María de Barbará.



Exterior de la iglesia románica de Santa María de Barbará.

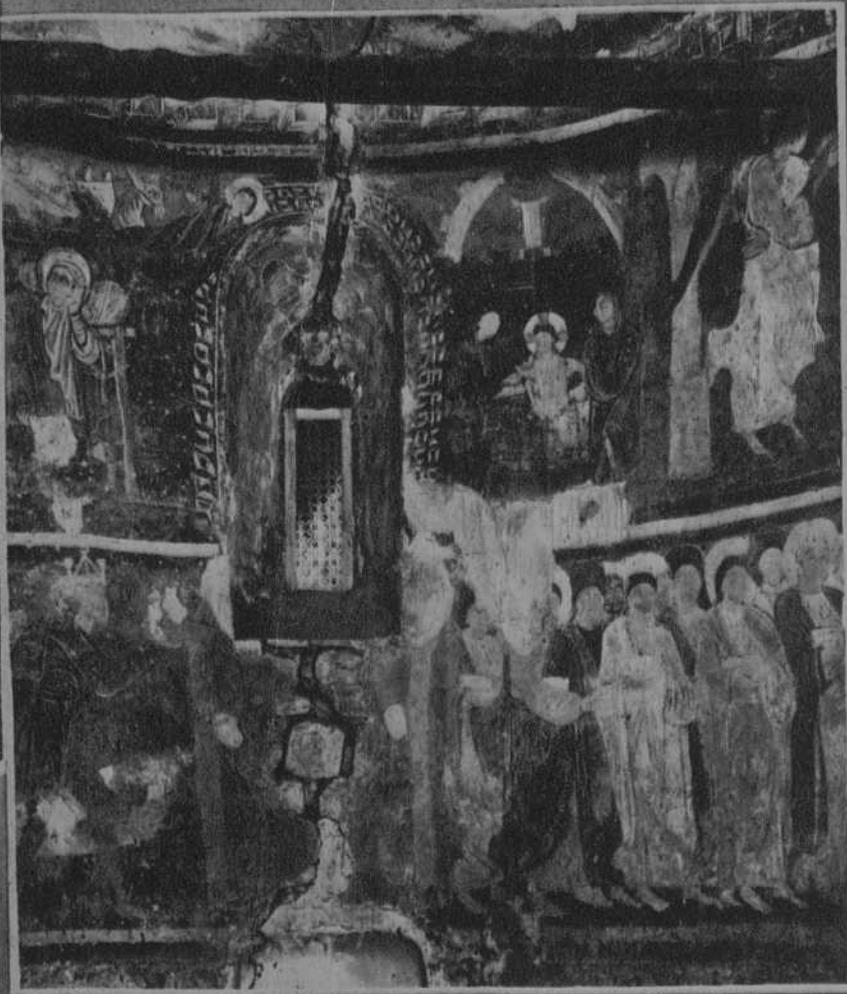


Interior de la iglesia de Santa María de Barbará.

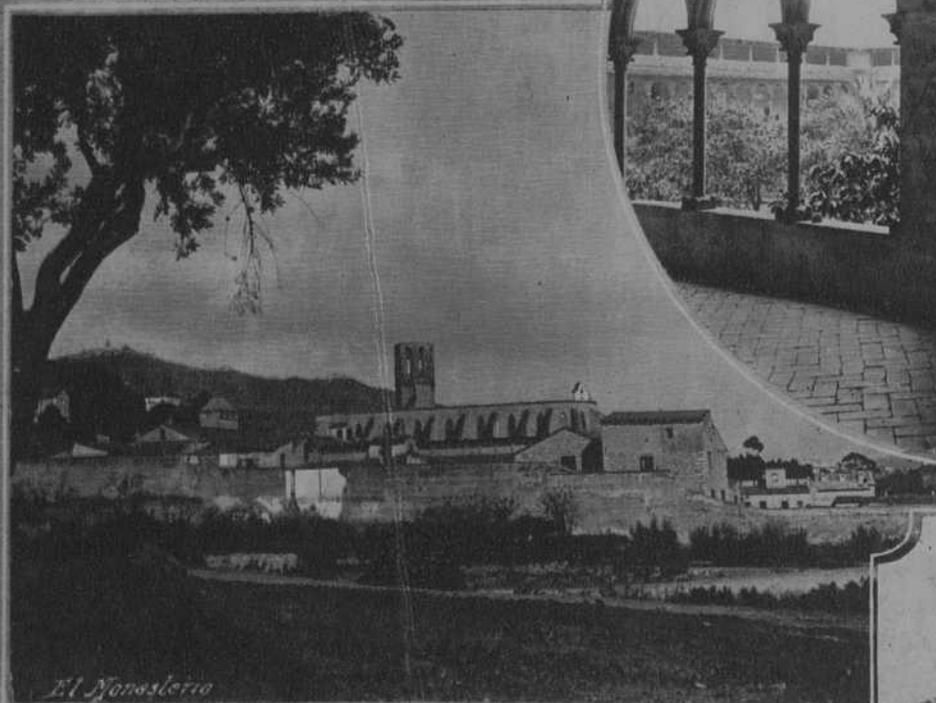


Detalles de las pinturas murales románicas de la abside. (Los Reyes Magos y el Nacimiento).

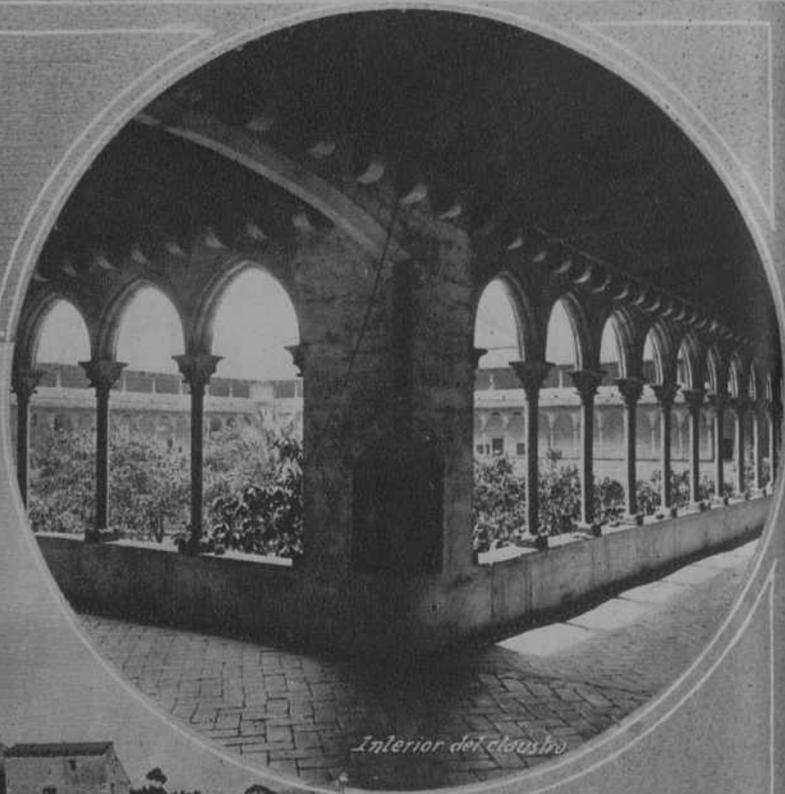
(Fots. Casañas y Francari).



*El Monasterio
de Pedralbes y
sus claustros*



El Monasterio



Interior del claustro



Utro de los claustros



Cisterna

Cl. Arxiu Mas

La cueva del Oso

I

Quando yo era heredero de un «manso» y de un alcornoque, y ya pueden suponer que hablo de un pasado lejano, tenía por compañero al hijo del colono, un rapaz pequeño y rechón, ágil y endiablado, gran buscador de nidos y pescador de uña.

Durante el verano, que mis padres sabían prolongar hasta mediados de octubre, iba con mi agreste compañero a buscar leña y ramaje para el ganado, a pacer las vacas por los prados y márgenes de los arroyos. El me enseñó a encaramarme a los árboles, a perseguir las sierpes y a manejar la onda. Poco a poco, llegué a ser tan salvaje como él, congeniando para toda clase de atrevimientos y travesuras.

Pero si éramos valientes para inquietar a los seres tangibles, sentíamos gran respeto por todo aquello que oliese a misterio y a cosa sobrenatural. No obstante, nos complacía gustar la inquietud y el escalofrío y nos deleitaba situarnos al margen del pavor.

Dos sitios nos atraían formidablemente, aun cuando nunca hubiésemos llegado a explorarlos. Uno, la «balsa del barro», hondonada húmeda y profunda, tan cubierta de vegetación, que a pleno día la oscuridad y el misterio reinaban en ella, y a donde, según la gente, acudían las almas del purgatorio que tenían algo que reclamar a sus parientes, vecinos de la comarca. Allí celebraban los conciliábulos preparatorios de sus excursiones nocturnas. Tan cierto era esto, que si alguien, al dar la media noche, contornaba aquel lugar siguiendo una mala carretera tangente, oía voces plañideras y veía lucecitas que danzaban.

El otro sitio objeto de nuestras correrías era un montículo encantado y solitario que se elevaba sobre las alturas vecinas. Imaginad en medio del bosque un colosal desplome de piedras oscuras rodando de jarras, brezos, artigas, zarzales y toda clase de plantas agresivas y salvajes.

Parecía aquellos restos de un formidable cataclismo; las ruinas sombrías de cien castillos desplomados de raíz y revueltas hasta no quedar ninguna huella arquitectónica. En algunos parajes, el derrumbamiento era casi vertical; en otros estaba lleno de adormideras y brezos, y, en todas partes, ofrecía serios obstáculos al paso de los hombres y de los animales. Aquí, los peñascos aparecían desmenuzados como grava de carretera; allá, formaba un murallón de rocas angulosas; más abajo, asomaba una peña viva, y por último, hacia la cumbre, a punto de precipitarse montones de losas encaballadas en una horrida confusión.

Esta colina, además de su aspecto catastrófico, estaba recubierta de una patina volcánica de un gris uniforme, que la hacía más imponente. Diríase que conservaba aún el rescaldo del fuego telúrico que la había requemado y aun en invierno las serpientes transitaban por ella como en plena canícula.

Por extensión se la llamada la «Cueva del Oso», cuya cueva propiamente dicha consistía en dos losas simétricas de forma cuadrangular, clavadas en sentido vertical,

a unos seis palmos de distancia y cubiertas por una tercera que hacía las veces de techado.

Lo mismo podía tratarse de un pequeño dolmen que de un refugio de pastor. Demasiado raquítico para ser un monumento megalítico, no era, tampoco, una guarida de caza mayor, y el nombre que le habían dado no le encajaba muy apropiadamente. Pero para unos chicos como nosotros, nombre y paraje sugerían la posibilidad de fantásticas aventuras.

El caso es que la cueva referida no era nada fácil de hallar. El monótono pedregal, que en la cumbre formaba una espaciosa plataforma, con altos y bajos, y el estorbo de los viejos matorrales, dificultaban la orientación. Pero nosotros comenzamos a considerar tan importante la ascensión al montículo como los ingleses la del monte Everest.

De sobras conocíamos a un sujeto que nos hubiera guiado, pero éramos huraños y espantables como cualquiera zorra o serpiente de esas que detienen en seco el arado de un payés tirado por una yunta de bueyes. Dicho sujeto era el cabrero de «can Fesa»; un enano velludo y siniestro, patizambo e hidrocefalo, con unos brazos cortos y rudimentarios, que movía como aletas de pingüino. En verano y en invierno llevaba un tricot destrozado y una cachucha, a la que le salía el forro, y unos calzones deshinchados, todo de color ceniciento, todo lo cual, entrevisto en la penumbra del bosque, hacía aparecer como un hipotético habitante de la cueva que tratábamos de alcanzar.

De la cueva del oso a «can Fesa» no medía la distancia de dos tiros de bala, pero del «manso» a la cueva la alargaba un barranco profundo y lleno de matorrales, en el que sólo las cabras y el cabrero tenían valor suficiente para penetrar. Esto hacía que sólo por aquel paraje se infringiesen sin peligro los pactos de arrendamiento de pastos y que sorprendiésemos alguna que otra vez una cabra extraviada, o el pastor mismo, en el alcornoque de casa, fronterizo al roquedal imponente.

Con el rebaño iba un perro de pastor, el ejemplar más horrible que pueda imaginarse. Siempre agazapado y con la cola entre piernas, escapaba de las gentes, removiendo el muñón de la cola y con un sordo estertor de alocado en la garganta. El color y calidad de su pelo casaba tanto con la indumentaria de su amo, que los dos parecían vestidos por un mismo sastre. Debía ser mudo, como esos perros de las razas salvajes que citan los zoólogos, que ni ladran ni chillan.

Las habladurías atribuían al cabrero unos amores clandestinos que eran el escándalo y la risa del pueblo. Le aparejaban con la mujer de un artesano algo imbécil, que se pasaba los meses en el bosque, no bajando al pueblo más que para embriagarse y contar facecias incongruentes con voz de falsete en la taberna. Su mujer, ayudada por el suegro, cultivaba las pobres tierras de un pequeño «manso» alejado de los otros. Esa circunstancia no era ciertamente un obstáculo para entablar con el cabre-

ro, siempre que su cuerpo, lleno de lujuria, lo reclamaba. El no se movía jamás de los alrededores de «can Fesa», temiendo las denuncias al Juzgado por pastoreo abusivo; pero afirmaban los que podían saberlo, que ella, como una loba hambrienta, iba a buscar al pastor, discurriendo por sierras y bosques, siempre apartada del camino, andando legua por hora, y juntándose los dos, guiados por los efluvios de su celo, sin emplear un grito ni una señal, lo mismo que los hurones.

Todos los payeses de la comarca y las mujeres, con idéntica malicia que los hombres, condenaban este aparejamiento con decires de una ironía grosera. ¡Famoso ayuntamiento el de una marrana y un jabalí! ¿Si ella no estuviese envejecida y no fuese achacosa y estéril, y él un escarnio de adolescente, con unas paperas de media arroba, santo y bueno, pues ya sabemos lo que son flaquezas humanas; pero siendo como son, no les da vergüenza, no clamaba venganza, no era justo y loable estorbarles y hacer un escarmiento para ejemplo de animales sin juicio ni freno.

Nadie, al ver a aquel estropajo de mujer, dejaba de azuzarle los perros o de echarle una frase ofensiva, y algunos, los más atrevidos, un tronco o una piedra. Y ella huía amparándose en la fronda, vertiendo insultos y palabrotas a media voz y mirando siniestramente a sus perseguidores con sus ojos sin pestañas, rojizos y legañosos, fulgurantes bajo las greñas tostadas por el sol como pelo de panoja. Con los pies descalzos y las piernas flacas y desnudas y las pobres faldas remendadas y al viento, desaparecía entre los matorrales igual a una bruja.

Todas las tentativas que los mal intencionados habían hecho para descubrir la madriguera de aquella daifa y su compañero habían fracasado. Tanto él como ella eran astutos y conocían sobradamente las bromas pesadas de aquellas honradas gentes, capaces de quemarlos vivos si los sorprendían juntos.

II

Poco a poco, y a medida que íbamos observando las dificultades de nuestro propósito, más nos empeñábamos en llegar a la cueva. En juego nuestro amor propio, nos considerábamos unos miedosos despreciables si no hacíamos cuanto antes una seria tentativa.

Una tarde llegamos hasta la planicie, frente a la estiva colosal de piedras calcinadas. Intentamos rodearla, escurriéndonos entre las matas y sinuosidades, buscando con la vista el puesto más fácil de escalar. Nos envolvía una especie de vaho cálido y molesto, que surgía de los matorrales secos y de los pedruscos, batidos por el sol, ya muy bajo y amarillento. Estábamos sudorosos y cubizbajos. No se veía ni oía pájaro alguno. Parecía que un maleficio hubiese ahuyentado los pájaros, tan abundantes en aquella umbría, oasis de aquel yermo.

Tras mucho arrastrarnos y arañarnos la piel y las ropas, conseguimos avanzar un trozo, fijando bien los pies y agarrándo-

nos con las uñas. Nos habíamos detenido para cobrar alientos y explorar, con la vista y el oído, las sombras y los ruidos que nos envolvían, cuando nos sobrecogió un «drinc» insólito, como el bascular sereno de una piedra, e inmediatamente, apenas intentábamos averiguar la causa de aquel ruido, se produjo otro más fuerte, alarmante.

Una piedra, tamaño como la cabeza, pasó rebotando, hacia abajo, a pocos pasos de nosotros, y fué a parar a unas matas de tomillo, donde quedó suspendida.

No es menester decir el mal efecto que aquello nos produjo. El caso es que dimos media vuelta, dispuestos a meditar seriamente si era obra del cielo o del infierno aquella singular advertencia.

He de hacer constar, en honor nuestro, que al día siguiente miramos las cosas con más sangre fría. El paso de un perro o de un cazador, incluso el salto de un conejo u otro animalito inofensivo podía haber hecho deslizarse la piedra, mal asentada, y empujarla cuesta abajo. Pero, ¿y si nos coge y nos rompe un hueso?

Siguieron días desagradables y lluviosos, y tuvimos que permanecer bajo techado. Día por día nos íbamos tranquilizando respecto a lo ocurrido. Y, vuelto el buen tiempo, germinó en nosotros con fuerza más apremiante la obsesión de ser exploradores.

«Perot» se armó de una podadera y yo de un inofensivo bastón de mi padre, que escondía una espada corta y afilada. Para conseguir llevármelo tuve que argumentar como un prócer en día de peligro nacional y jurar a mi madre que no desnudaría la hoja por nada deshonoroso, y sólo en caso extremo por una causa justa, de muerte o vida.

Partimos después de comer, porque las tardes comenzaban a acortarse y era menester aprovechar la luz del día. Llegados al murallar de espinas, esgrimimos la podadera y la espada, haciendo horripilante destrozo de troncos espinosos, y ya abierto el paso nos encaramamos, pedruscos arriba. Sólo Dios sabe las revueltas y equilibrios que nos vimos obligados a hacer par remontar las peñas, burlar matorrales y apartarnos de barrancos de grava resbaladiza.

Mientras la testarudez de coronar la cima nos animaba, no pusimos atención en nada desagradable. Pero una vez dominada aquella mezcolanza de rocas, pedruscos y abrojos y sentados en el vértice de un derrumbadero para recobrar alientos, nos angustió nuevamente la soledad del montículo y el profundo silencio que nos rodeaba.

Parecía como si tuviésemos los oídos obstruidos por todos los ruidos, mientras los latidos de nuestro corazón retumbaban dentro de nosotros, con sorda violencia. Lentamente nos ganaba el misterio de aquel paraje estéril, desierto y calcinado, donde una voz de auxilio no hallaría eco, aspirada por los acolchonados de los matorrales agresivos y por los horadamientos de las rocas y nidos de sierpes y lagartos.

Sentimos la inminencia de un acobardamiento aniquilador y nos pusimos en pie, al mismo impulso de emprender el regreso por donde habíamos venido. Pero he aquí que, buscando un camino para el descenso nos desorientamos. Como si un genio maléfico hubiese revuelto las piedras y vuelto a hacer crecer las matas detrás de nosotros, no hallábamos sendero ni brecha que nos facilitase el retorno.

Fuimos de acá para allá, siguiendo la ondulada cresta de la colina, con un principio de pavor agarrado al alma. Y de esta suerte, inesperadamente, dimos con la boca de la cueva. Era un agujero cuadrado y tenebroso, junto a una depresión formada por peñas oscuras esparcidas.

Nos detuvimos en seco, más desconfiados que alegres por nuestro casual éxito. Dimos un paso atrás, por si aquel pequeño agujero enigmático tenía el poder de succionar las vidas y era la guarida de algún monstruo sanguinario.

Por otra parte, las tinieblas que arrojaba la boca del escondrijo eran demasiado compactas para el escaso valor que nos quedaba, después del derroche que habíamos hecho de llegar hasta allí.

Y aplazamos la desfloración del enigma. De todas maneras, era muy tarde y ya conocíamos el camino.

III

Nuestros padres, juzgando por los cuchicheos que «Perot» y yo teníamos todo el día, sospechaban algo.

El mozo de la casa, gran amigo nuestro, nos significó que había recibido el encargo de vigilarlos. Era el tal mozo un botarate ampurdanés, de ideas exaltadas, alto como un gigante y delgado como un espárrago, incrédulo del cielo y del infierno, blasfemador y embustero.

Lucía el apodo de «en Maisúia», porque hacía las cosas con tanta sorna, que empleaba en cualquiera los años de Cristo, y nunca le transpiraba la piel aunque el sol requemase la tierra. No nos inquietaría mucho con su vigilancia; antes al contrario, lo hubiéramos tenido por compañero, ya que era hombre amigo de juegos y siempre dispuesto a dejar el trabajo.

«En Maisúia», entonces, cortaba ramaje por los matorrales cercanos a la Cueva del Oso, y «Perot» había recibido el encargo de apacentar las vacas en un trigal inmediato, a fin de tenernos más sujetos al accho de nuestro guardián, pues, naturalmente, yo seguía al pastor como al cuerpo su sombra. De esta manera, mis padres estaban más tranquilos, y para saber dónde parábamos no tenían más que escuchar la esquila, que no cesaba de sonar.

Pero he aquí que una tarde que las vacas iban cansinas, nos fuimos decididos a meternos en la cueva de nuestras pesadillas, aun cuando tuviésemos que luchar cuerpo a cuerpo con el mismísimo diablo.

Los golpes perezosos del hacha de «Maisúia» y sus canciones estrofarías resonaban por todo el alcornoque. Parecía como si nos siguiesen, protegiéndonos a guisa de exorcismo ahuyentador de encantamientos y maleficios.

«Perot» iba delantero. Daba gozo verle caminar tan atrevido y seguro de sí y del camino que seguía, llevando la gorra con la visera en el cogote, cosa que es la señal externa, en todas partes, de un firme propósito de vencer o morir.

Pronto dominamos el pedregal y se presentó a nuestra vista la depresión donde se escondía la cueva. Nuestro exaltamiento resultaba sospechoso. Más que confianza en el triunfo, era una ansiedad nerviosa. Deseábamos terminar de una vez con la obsesión que nos atormentaba hacia días. Porque es el caso que en las raíces del caballo sentíamos un cosquilleo extraño y en el espinazo una sensación de frío y dentro del corazón un leve temblor, como si en él tuviésemos azogue.

El aspecto del cielo no emparejaba con nuestros atrevimientos. Un nubarrón largo y negro se espaciaba a lo largo del horizonte y tapaba la luz del sol poniente. Un ramalazo de sombras espesas cubría la sierra y un soplo pasajero de «mestral» removió un alcornoque envejecido que estaba a diez pasos de nosotros, silueteado en forma de ave de rapiña a punto de emprender el vuelo.

Después sobrevino nuevamente una quietud tétrica de cementerio.

«Maisúia» ya no cantaba ni daba hachazos y nos considerábamos traidoramente abandonados por él a la hora que más necesitábamos el refuerzo de su proximidad.

Aquello bastó para hacer recrudescer todas las inquietudes y temores de los primeros días. Pero la honrilla nos hizo avanzar de nuevo. Impensadamente, detrás nuestro, sonó el ruido característico del cascajo pisado. Nos volvimos con presteza. No se movía un tallo de hierba ni se veía

alma viviente por aquellos sitios. Acaso nos habían zumbado los oídos.

Teníamos tan cercana la boca de la cueva, que aspirábamos su aliento. Un esfuerzo de flaqueza era necesario para no retroceder vergonzosamente por segunda vez.

Nuestros pies pesaban siete quintales. Con un titánico estirón conseguimos arrastrarlos, pero, en aquel momento, de las tinieblas de la bocaza, surgió un ronquido amenazador y pavoroso, que no tenía nada de ilusorio. Y el ronquido fué creciendo hasta convertirse en un gruñido salvaje, de fiera acosada, que muestra los incisivos y las uñas.

Se nos helaron las sangres. Nos quedamos blancos como cadáveres, y sólo una sacudida de pánico irresistible nos hizo volver la espalda al peligro y lanzarnos, peñas abajo, como almas que llevara el diablo.

Pero, frente a nosotros y de detrás de un alcornoque, surgió una silueta gigantesca que nos cerraba el paso con los brazos dispuestos a cogernos.

Estábamos perdidos y nos arrodillamos suplicando gracia por el amor de Dios...

IV

Cuando cesó de reirse de nuestro pánico idiótico, «Maisúia» regañó al «Perot» por haber permitido que las vacas causasen destrozos.

—No le habíamos engañado de mucho. Ya nos arreglarían la cuenta nuestros padres.

Al vernos, no obstante, tan azorados, el mozo se puso serio. Le dimos cuenta de la causa de nuestro espanto y él también miró la cueva con aire desconfiado.

—Si mentís, os arranco las orejas. Dejó la botella que llevaba colgada del costado con una correa y se acercó a la guarida, escupiéndose en las manos como aquel que se prepara a trabajar de firme. Tranquilamente increpó a los misteriosos habitantes de la cueva y les invitó a salir a las buenas, si no querían hacerlo a las malas.

Nosotros nos habíamos acurrucado llenos de incertidumbre y solamente asomábamos la cara de entre dos peñascos, al objeto de no perder ni un solo incidente del próximo prodigioso combate, en el cual, como en los antiguos Juicios de Dios, se decidía nuestra suerte. Si «Maisúia» resultaba vencido, ¡pobres de nosotros!

Le vimos acurrucarse y mirar dentro de la cueva con ojo astuto de cazador de hurones y nuestras oraciones le acompañaban en aquella atrevida exploración. Súbitamente sus facciones se iluminaron de una alegría maligna y cruel y se volvió hacia nosotros:

—Hijos míos, ya los tenemos. ¡Como hieden los malditos! ¡Eh!

Escupía con fuerza, haciendo muecas. Después cerró la quijada, alargó los brazos y contrajo los dorsales lo mismo que si intentase llevarse a rastras un saco lleno de carbón.

Toda nuestra vida se concentraba en avizorar los movimientos del ampurdanés y habíamos suspendido nuestra respiración para no estorbarlo.

No veíamos de él más que sus piernas largas, una de ellas rígida como un perno y la otra encogida, vigorosamente sacudida por un vaivén de brega.

¿Qué ocurría allá dentro? ¿A quién tenía cogido «Maisúia»?

Oímos un burbujeo de gargantas cansadas y unos golpes amortiguados de ruda lucha. Nuestro paladín dió un tirón irresistible y se alzó libre ya del abrazo angustioso del dintel megalítico. Fuese de quien fuese, triunfaba. El lo repetía:

—Ja ets meu!

Aun, no obstante, el cautivo no era visible y oponía desesperada resistencia a ser desencantado.

Pero no tardamos medio segundo en ver

que «Maisúa» echaba a zarpazos a una forma viviente, peluda, gris y monstruosa que se debatía retorciéndose y alentando con ira concentrada.

—¡Victoria—gritó nuestra almita. Pero, desobstruida la boca de la cueva, surgió de dentro, saltando por encima de los luchadores, un cuadrúpedo espeluznante y apocalíptico. ¿Si sería la cueva una guarida inagotable de animales infernales? Un nuevo escalofrío nos volvió a aflojar las piernas.

Pero en seguida, no sin una gran admiración, descubrimos al cabrero de «Can Fesa» en la forma espantosa que arrastraba «Maisúa», y en su perro en la que saltó por encima de ellos.

Nuestro bravo sujetaba al cabrero por las greñas y por el cuello y le increpaba con un tono pintoresco e irónico. Ya más tranquilos, florecía la sonrisa en nuestros labios, hasta entonces descoloridos por el miedo. El cabrero soltaba palabrotas y el perro movía la cola como tenía por costumbre, con agilidad nunca igualada huyeron pedregal abajo. «Pro, cosa extraña, «Maisúa» permanecía derecho, cejijunto y en guardia, como si entonces comenzase a preocuparse del valor del adversario que tenía delante. Era evidente que se disponía a luchar con nuevo brío, pero también con menos confianza. Ya no se metía en la guarida: esperó fuera para poder forcejear libremente. En la cueva se oía como un silbido de serpiente y un castañetear de dientes enloquecidos.

«Maisúa» hizo una mueca y sacó la lengua, provocativo:

—Marrana! Marrana!

¡Qué es lo que dijo! Dos garras crispadas de furor, de uñas afiladas de lechuza, se dirigieron a sus ojos. El evitó la acometida amparándose con el codo. Y, como lanzada por un resorte, una forma delgaducha y zumbadora, de vieja bruja, hendió la luz crepuscular a empujones y ranqueando. Era la mujer del «rabassaire», con la cara amoratada y enloquecida.

Ya convencidos de que presenciábamos una escena que nada tenía de sobrenatural, habíamos recobrado el aliento perdido. Solamente experimentábamos el escalofrío inevitable del que presencia una lucha encarnizada de perro y gato, de la cual «Maisúa» podía resultar tuerto.

Por fortuna, tuvo serenidad y cedió el paso a la bribona, y ésta se alejó mascullando palabrotas y amenazas, con los cabellos retorcidos como escorpiones sobre la espalda, que los harapos del corpiño dejaban al descubierto hasta la cintura.

«Maisúa» como un genio de la guerra dicta sus leyes a los vencidos, hierático, encima de la piedra más alta de la colina, gritó:

—Que jamás de los jamases os vuelva a atrapar por estos lugares. ¡He de socarraros dentro de la cueva como alimañas salvajes!

Y era, ciertamente, capaz de hacerlo como decía.

V

«Maisúa» tuvo el mal pensamiento de hacer circular entre la gente del pueblo que ya había hallado el escondrijo que todos buscaban con tanto anhelo. Fue expresamente a misa mayor para dárselas de hombre listo y contar ce por ce la aventura de la cueva. Hubo risas a granel a costa del cretino y de la mala bruja. Pero algún sabihondo picapleitos dijo a «Maisúa» que había cometido un acto punible que podía costarle caro. La Cueva del Oso estaba dentro del término de «Can Fesa» y allí un extraño no tenía el menor derecho a huronear ni mucho menos a dos personas más cristianas que él, ya que él de cristiano no tenía nada.

Por otra parte, el cabrero estaba en su casa y ante la justicia, un hombre contrahecho y corto de alcances y un mocetón

presumido del Ampurdán tenían la misma estatura y pesaban lo mismo.

El temor a la justicia pesa mucho entre los payeses, y por gracioso que hallasen el escarmiento de la mezquina pareja, empezaron a escamarse y a anunciar a nuestro mozo denuncias y empapelamientos de malas consecuencias.

Y sin este peligro, existía otro. El enano no era tan inofensivo como parecía, y además de estar facultado para expulsar de las tierras de «Can Fesa», su natural rencoroso y vengativo era capaz de jugar a «Maisúa» una broma pesada.

Sobre este tema se agotaron los argumentos en pro y en contra, y no se habló de otra cosa en campos y bosques, en el mercado y en la taberna del lugar, durante muchos días.

«Maisúa», que despreciaba a la gente de montaña, se engalló de mala manera. Por amor propio, la Cueva del Oso sería su casino, su lugar de esparcimiento, y en nombre de la moral y de la libertad, de ella tomaría posesión, y a ver quién sería el guapo que fuese a corromperle las oraciones.

Nosotros, ni «Perot» ni yo, tuvimos conocimiento de estas discusiones, y seguros de que ya nadie se llegaría a estorbarnos, ignorando las susceptibilidades de los legistas rústicos, nos metíamos en la cueva siempre que nos venía en gana.

No me explico la dulce sensación que experimentábamos, de chiquillos, de acurru-carnos en toda suerte de estrecheces, como no sea por un lejano atavismo troglodita. Lo mismo que los pequeños cachorros de un hombre salvaje primitivo—el hombre que en vez de ser cazador, como opinan los antropólogos vulgares, era él el cazado, como dice más concienzudamente Mr. Worthington Smith—, el instinto de conservación nos hace buscar los escondrijos. Necesitamos sentirnos protegidos por un abrigo de roca o de otra materia resistente, donde la corpulencia de los grandes mamíferos perseguidores encallase. Éstos han desaparecido de la capa de la tierra, pero no la herencia del miedo que legaron al género humano. Y es el goce subconsciente de la lagartija dentro de la rendija de la pared seca, protectora de la malignidad infantil, el que los niños buscan imitándola, y que se me perdone si yerro.

El caso es que, tranquilamente, penetrábamos en la cueva y nos hallábamos tan bien en ella, que no nos hubiéramos movido nunca de allí.

Nos parecía que las cuatro losas eran un castillo inexpugnable, conquistado a los moros con el empuje de nuestro brazo y de nuestras oraciones. Clavamos un bastón en la juntura de unas rocas y en el sitio más alto del montículo, con mi blusa por bandera. Pero bien pronto nos estremecimos de lo que podía sucedernos, aleccionados por una trágica experiencia.

«Maisúa» se nos presentó súbitamente, con la pretensión de hacernos regresar a toda prisa a casa y exigiéndonos juramento de no subir nunca más a la cueva ni acercarnos tan siquiera a aquellos lugares. Nos lo ordenaba tan formal y con una cara tan áspera, que sospechamos que hubiera enloquecido. Pero le obedecemos calmamente, con gran sentimiento.

El se quedó allí, «Maisúa»—esto lo supe después—puntilloso como era, desafiaba leyes y venganzas. Había pregonado que no le arrancaría ni Dios de aquellos lugares, que las peñas no eran de nadie, que le tenía sin cuidado el cabrero, su amo y sus abogados, y que escarmentaría a aquella mala mujer allí donde la atrapase.

Y siempre que tenía un rato libre—y aquel otoño la sequía permitía que los tuviese—cogía el tapabocas, la cantimplora y la cuchilla y dando la excusa de cortar leña, se iba a echar un sueño en la cima de la colina, tendido sobre la misma losa que hacía de umbral a la cueva. ¡Y a ver quién con él se atrevía!

Dicho sea en verdad, «Maisúa» se pro-

ponía dormir como las liebres, con los ojos abiertos, pero el tenderse llama tanto al sueño, en un cuerpo tan gandul como el suyo, que no podía resistir a la tentación y muy a menudo quedábase como un leño.

Una tarde de día festivo, las campanas del pueblo comenzaron a llamar a somatén.

Los payeses de los «mansos», al oír las, salieron azarados, y miraban hacia el cielo, porque daban por seguro que se trataba de un incendio. Hacia la parte del alcornocal se vislumbraba como una nube roja, pero parecía tan lejana, que no acertaban a comprender dónde podía ser el fuego.

Sin hacer caso de regaños ni advertencias, que ni tan siquiera escuchábamos, «Perot» y yo, a todo correr, nos incorporamos a un grupo de payeses que marchaban decididos esgrimiendo cuchillos y garrotes y moviendo gran ruido con sus exclamaciones y comentarios.

Pronto comprendimos que el fuego estaba más cerca de lo que creíamos. El viento contrario agolpaba el humo detrás de la colina de la cueva, y al aparecer, por el otro lado, nos engañaba a todos. Comenzamos a oír el griterío de los que, antes que nosotros, habían acudido generosamente a aislar el incendio. Trabajaban en un bosque de mi padre, en el linde de «Can Fesa», al pie mismo de la Cueva del Oso.

Se apresuraban a abrir una brecha, cortando con furia brezos y aliagas y lanzando los haces hacia la parte del fuego, para que las chispas, que el mismo huracán de la fogata hacía volar, no hallase nada en que prender por nuestro lado.

En los espacios de bosque aclarados, algunos chiquillos, dirigidos por un vecino, empuñando ramaje verde de encina, batían los matorrales, el yerbajo y la hojarasca, no dejando avivar las pequeñas llamas que por ellos lengüeteaban traidoramente, buscando alimento más considerable y digno de su voracidad.

El cuadro era terrible y al propio tiempo excitador. Los que aislaban el fuego formaban en dos grupos, sin tener quien los mandase, con admirable disciplina y perfectamente avenidos, seguitan las llamas del incendio, de espaldas al viento para sacarle ventaja y reducirlo; reducirlo hasta que coincidiesen en un punto donde tuviese que rendirse, mal le pesase.

Una neblina vibrátil les rodeaba y un humo espeso los cubría, a través del cual la luz del sol parecía luz de eclipse, amarilla y tétrica.

De tanto en tanto, un tronco ardiente hacía una pirueta por el espacio y caía dentro de un matorral, que se inflamaba seguidamente, con un ruido y unos estallidos ensordecedores.

Los hombres, despechugados, sudorosos, rojos, llenos de ceniza, se batían como diablos, mientras gritaban a los distraídos o atrevidos en exceso y a los que se adormían o no trabajaban como era menester.

Y por sobre el ruido que movían ellos, y el del fuego y del viento, que por desgracia era cada vez más fuerte, la campana del pueblo, con transparente sonoridad, seguía implorando ayuda.

De pronto, no sé quién, se acordó de «Maisúa». Nadie le había visto ni se sabía por dónde andaba. Una negra sospecha paralizó de horror los brazos de la gente. Si no estaba entre nosotros, era que las llamas le habían sitiado fachendeando en la Cueva del Oso: ¡Dios del cielo, cómo auxiliarme! Un mocetón trepó por la corteza y ramas de un árbol, por si podía ver algo. Pero la colina resultaba más alta, y tuvo que contentarse con observar sus contornos, que eran un brasero. Podéis imagináros, tanto herbaje y matorral seco y retorcido, ¡cómo debía arder!

La desesperación de la impotencia abatía a los payeses, los cuales, a pesar de no querer mucho a «Maisúa», por ser un descreído y un burlón de sus costumbres y lenguaje, se horrorizaban de la triste muerte de aquel hombre, y para hacer algo corrían de un lado para otro, planeaban co-

sas absurdas, se tiraban de los pelos y pataleaban. Algunas mujeres, que también habían acudido para ayudar a los hombres, al pensar que el desgraciado ampurdanés se estaba tostado a un tiro de piedra, sin que toda aquella multitud generosa y valiente pudiese ni tan sólo acercarse, comenzaron a llorar y a dar alaridos, moviendo un barullo de gallinero cuando el zorro hace en él destrozos.

Un viejo les increpó:

—¡Valdría más que en vez de chillar rezarais! ¡Puede que le ahorráseis el seguir quemándose en el infierno!

Y bajo el techado del bosque se oyó el murmullo piadoso del Santo Rosario, que inició el increpador, persignándose y descubriendo su blanca testa patriarcal.

Poco a poco, el incendio, aislado, agotado el combustible, fué decreciendo. Toda la falda del montículo era un rescoldo inmenso y un plantío de troncos carbonizados y humeantes. El pedregal se mostraba desnudo de vegetación y desconocido, más negro y siniestro que nunca, con rincones incandescentes como bocas del infierno. Hacia la cumbre serpenteaban, siguiendo las vueltas y revueltas de los pedriscos, una porción de llamitas ligeras y crepitantes.

Comparecieron tres o cuatro mocetones provistos de zucos, bien decididos a hacer la prueba de llegar a la Cueva del Oso a través de las cenizas y piedras incandescentes. Las primeras tentativas fracasaron. Los atrevidos se chamuscaron y se asfixiaban. Más tarde, cuando ya casi había oscurecido y la brisa refrescó, fué posible aquella exploración arriesgada, que la mayoría de los presentes creía inútil, pues de nuestro mozo no se hallaría ni rastro, como no tuviese la virtud de las salamandras.

Por sí o por no—que es este mundo pró-

digo en cosas extrañas, y el corazón del hombre un manantial de esperanzas—toda la gente del pueblo y de sus cercanías, con el párroco y el alcalde al frente, esperaban el regreso del grupo explorador ansiosamente. Nadie decía una palabra. Por adelantado sentíamos la impresión trágica de ver descender la comitiva llevando en una camilla improvisada los restos de «Maisúa», montó deforme y trágico de carne y huesos, requemados y negros, capaz de dejar helado al más sereno.

Pero oyóse un parloteo impropio del caso, e incluso discusiones, entre unos que suplicaban y otro que se resistía. Todos se escandalizaron de la irreverencia de los exploradores, y más aún de verles aparecer en un recodo del pedregal, animados y gesticulando, tozudos en sostener a uno del grupo por debajo de los sobacos, a lo que él se resistía indignado, y que, mirando y remirando, tuvieron que inclinarse ante la insólita convicción de que se trataba del propio «Maisúa» en persona.

La madre de «Perot» se desmayó de alegría, yo rompí a llorar, al párroco se le escapó la palabra milagro, muchos se restringaban los ojos, no creyendo en lo que veían, y entre el bullicio de admiración y asombro de los otros, el mozo decía:

—Me han querido asar como un caracol... Pero a mí ni a socarrarme llegan.

Una vez hubo hablado de esta guisa, pidió de beber por caridad y aceptó, desfallido, la ayuda de los dos jóvenes que tenía más cerca.

VI

Untaron el cuerpo del mozo con aceite mezclado con agua, le dieron, a todo pasto, un caldo refrescante de arroz y pan y

con esto se curó, después de algunos accesos de fiebre.

En ciertos trozos de su cara y manos la piel le cayó a tiras, lo mismo que se pela una patata hervida.

Alejado el peligro y tranquilos los corazones, los payeses comenzaron a bromear con lo sucedido, haciendo notar que, por fin, de grado o a la fuerza, «Maisúa» había sudado copiosamente.

De las penas y trabajos que pasó, sitiado por el incendio, sólo Dios pudo saber algo. El ampurdanés nunca quiso ser explícito. Seguramente le daba vergüenza confesar ciertos extremos, a los que llegó, atemorizado de morir de una manera tan cruel, cargado de culpas y ningún auxilio espiritual, como un perro. Pudo hacerse cargo de los sufrimientos que experimentaría en el infierno, y su conciencia de federal ateo y de blasfemo envalentonado se volvió como un calcetín.

De cómo se salvó y de la actitud que tomara en tan angustiosa situación nos habla con frecuencia un ex voto colgado en el camaril de San Lorenzo de Espinebres, ermita visible desde la Cueva del Oso, protectora de la hononada y venerada de sus moradores como infalible para librarles de cualquiera calamidad y trabajo.

Veréis allí a un hombre rogando de rodillas y con las manos juntas, el cuello inclinado y envuelto con un tapabocas. Le sirve de pedestal una losa de piedra, sostenida verticalmente por otras tres. Le rodean grandes lenguas de fuego, para pintar las cuales el artista no escatimó el nimio, y allí, en las nubes, el Santo, aureolado de resplandores amarillos, le muestra las parrillas de su martirio con halagadora sonrisa.

PRUDENCIO BERTRANA

Para las sucesivas "Páginas Extraordinarias", EL DIA GRAFICO ha adquirido, y tiene ya en cartera, originales de

Don Ramón del Valle Inclán, Don Juan Puig y Ferrer, Don Adolfo Falgairolle, Don Antonio Hoyos y Vinent y Don Luis Bello.

CASTILLOS SIN CASTELLANOS

por LUIS BELLO

Comprendo bien la emoción estética del castillo feudal para sensibilidades modernas, en tiempos lejanos ya del feudalismo. Castillos rudos y primitivos con macizos cubos, hermanos de las murallas de Avila, o castillos esbeltos, con toda la gracia y la fuerza del Renacimiento, como este castillo de Benevante o este otro de Medina del Campo, que acabamos de visitar. Una meditación, una frase romántica; un juicio de síntesis histórica; si es posible, un gran verso; si hay ciencia para ello, una reconstrucción... Pero yo no perdono a quien puede y no quiere ver la sombra que proyectan todavía las piedras de los castillos medioevales. Ni a quien disfraza con simulaciones de emoción estética lo que, en el fondo, es complicidad, o por lo menos encubrimiento de la injusticia.

Me refiero—por los pasos que ando ya lo habréis advertido—a la injusticia de los señoríos de tierras vastas y despobladas; y pongo el ejemplo de Salamanca, que ahora he visto; pero de igual modo podría referirme a otros territorios castellanos, extremeños o andaluces. Cuando la Historia ha muerto, reducida a polvo y ceniza, el sentimiento estético lo es todo; cuando deja supervivencias y algo más que reliquias, conviene separar la parte muerta de la parte viva, y a esta última tratarla como a un ser real y no como a un fantasma.

Queda hoy del feudalismo, en muchas tierras españolas, la sumisión al señorío sin la protección al siervo.—¡Frase del «estúpido siglo XIX»!—, dirán muchos compañeros en letras, situados, no sabemos por cuál especie de atracción, bajo las banderas del capital y de la aristocracia. Yo les recomiendo una visita a Campocerrado, a Casasola, a Anaya de Huebra, para no salir de la llanura salmantina. Allí el poder feudal del siglo XX es mucho más cruel que el del siglo XII; porque éste procuraba atraer a los siervos, y aquél se deshace de ellos. Ni aún el trabajo de soportarlos dentro del señorío se quiere tomar. La historia de los castillos de España no difiere mucho de unas comarcas a otras. Cada cual pondrá el nombre que mejor le parezca; pero, en suma, es ésta: Ante el peligro de un ataque, las aldeas de un vasto territorio se acogen al castillo y se entregan a la protección del señor. Hay una fuerza que justifica la aproximación y la sumisión. Si esa fuerza no es empleada eficazmente pronto pierden sus bienes los aldeanos y, con ellos, el señor del castillo. El castellano cumple con su deber, y los siervos deben serle sometidos por esa ley de fuerza que lleva implícita una aceptación anterior por parte del más débil. Pero llegan después otros poderes más fuertes. La Monarquía asume todos los que

ejercitaba la Nobleza. Los señores véanse forzados a dismantelar sus castillos. Acuden a la Corte. Abandonan sus feudos. Ya no les dispensan la protección que en muchos casos habría de ser patriarcal y extensiva a otros fines distintos de la mera defensa. Quédales la posesión del suelo. Poco a poco, el único nexo entre los pueblos y el señor es la renta.

Unos pueblos, con sus campos, quedan por completo abandonados. Es frecuente encontrar en las provincias andaluzas extensos descampados «donde podrían albergarse muchas familias pobres, transformando tierras, casi improductivas hoy, en olivares, viñedos, huertas y alamedas de primera clase». Así habla la Junta de Colonización y Repoblación Forestal: «Para establecer colonias en los sitios que se indican, sería necesario socorrer cierto tiempo a las familias que allí se establecieran, mientras hacían producir el terreno».—Es decir, que ha faltado la protección, en absoluto. El señor apartó su mano y no la tiende sino para cobrar la renta de una mísera explotación. Cuando piensa en su feudo ve sólo la capacidad de producción con un cultivo mínimo, y si las glebas le convienen, los siervos le sobran. No sabe o no tiene medios de utilizarlos juntamente, como lo haría un gran empresario de industrias agrícolas, y se limita a recoger un interés de usura, no por su cuantía, sino por su total pasividad.

No era un poeta anarquizante Gabriel y Galán—más bien se le puede fachar su burguesía—y, sin embargo, escribe: «Cuarenta propietarios, que en su mayoría residen en Madrid, tienen más riqueza imponible en la provincia de Salamanca que los cien mil habitantes de ciento cincuenta Ayuntamientos, en los que hay enclavadas trescientas cuarenta y siete dehesas y alquerías». Así hemos hecho noventa quilómetros de carretera por tierras de señorío y no de muchos señores. Voy a reproducir frases de una autoridad eclesiástica, que no es comunista, como tampoco Villalobos, el ex diputado por Béjar, que las recogió en una Memoria sobre la «Necesidad de una ley reguladora de rentas de la tierra». Se trata del obispo de Ciudad Rodrigo señor Barberá y de una pastoral de 1912: «Recorriendo nuestra amada diócesis se nos llena el alma de tristeza al atravesar vastas soledades sin encontrar durante horas enteras, ni una vivienda, ni a veces un ser humano. Viene a dar sentido a este estado de ánimo la perspectiva de una espadaña medio derruida, que es como la cruz a la cabecera de una tumba; de una tumba, sí, porque yace un pueblo entero... Todo desapareció: zarzas y espinas invadieron el lugar santo, silencio y soledad sobre aque-

llas plazas y viviendas. Veinte nombres podríamos citar sin esfuerzo y otras tantas parroquias que han desaparecido o están para desaparecer, de las cuales quedan datos en el archivo de la diócesis. ¿Qué ha sido de los habitantes de estos pueblos? Han tenido que salir de sus viviendas, alejarse de los campos regados con el sudor de su frente, «ante facien tribulantis» y emigrar muchos de ellos, y eso que al levantar sus ojos para despedirse del suelo de Castilla, han visto quizá terrenos incultos que les hubieran proporcionado pan y trabajo». Yo he visto en el viaje de Pons una descripción semejante, del año 1786, hablando de pueblos de Salamanca que no solamente se han disminuido, sino que ya no existen, pudiéndose contar a centenares, sin que se sepa siquiera ni se conozcan hoy las señales de los sitios donde estuvieron.

Esta es la degradación del feudalismo. Feudo sin señor. Castillo sin castellano. Piedras derruidas y, a su alrededor, las glebas despobladas y sin cultivo. Un encinar, una dehesa, un campo abierto para el ganado; es decir, explotación fácil, nada costosa. Este es un paisaje muy español. Esta es la sombra que proyectan muchas torres del homenaje.

(Reproducción reservada).

En el próximo número y en estas "Páginas Extraordinarias", publicaremos coincidiendo con la prolongación del raid Madrid-Manila a Tokio, unas **Notas de viaje y dibujos inéditos del Japón**, que, gentilmente, nos han sido ofrecidos por el gran pintor y gran viajero Olegario Junyens.

De cuando éramos jóvenes

Del aula a la calle, pasando por la pantomima y la dramática en compañía de gente pintoresca

por RAFAEL MORAGAS

A nosotros, cuando éramos estudiantes, el pasear por las calles de Barcelona, sin rumbo fijo nos encantaba. Puede decirse que con Alejandro Soler Rovirosa y Vives Pastor—alguna que otra vez se agregaba al paseo el que hoy es médico de fama, o sea el doctor don Francisco de A. Sentiñá—llegamos a conocer al detalle los barrios barceloneses. Hemos asistido al crecimiento y desarrollo del Paralelo y fuimos, en buena hora se escriba, fervientes admiradores de los mímicos «Onofri», y entusiastas de los melodramas de Parreño.

Sabíamos el repertorio de los «Onofri» al dedillo. Asistimos al estreno de la pantomima titulada «El mar por tumba o el ahiranto ciego», y estábamos familiarizados con aquel repertorio de la «muca»—como le llamaban los asiduos concurrentes que iban desde la Barceloneta al desaparecido Circo Español—que respondía a los nombres de «El último cartucho», «Morir por respeto a las canas», «Café y Abel o la Pilarica» y «La píldora fatal o el crimen y la argolla».

También nos aficionamos a las mogigan-gas que se celebraban en la antigua Plaza de Toros. Llegamos a conocer al capitán Budoj, que se elevaba en un globo hinchado por humo. Le admirábamos y le llamábamos «el gran Capitán». Siempre fuimos aficionados, sin que lográramos explicárnoslo, a contemplar las elevaciones de los globos. Un capitán de globo siempre ha sido para nosotros, algo grande. Conservamos en nuestra cartera una tarjeta que nos dió el doctor Joaquín Borralleras, que dice así:

«—Amador Fernández, aeronáuta, suplente de vigilantes.»

En el Paralelo vimos melodramas extraordinarios. A Ramón Vives Pastor le traía vuelto el juicio una sabrosa cuarteta con que terminaba una batalla con la que finalizaba el acto primero de la segunda parte de «Don Juan de Serrallonga», y que se titulaba «La venganza de doña Juana». Decía así:

«Ya les dejamos perdidos:
sigamos nuestro sendero
y acuérdense los bandidos
del día cuatro de enero.»

Ignoramos qué se habrá hecho, un compañero de Universidad, tan largo de ingenio como corto de bolsillo, al que una tanguista que alternaba con couplets, le encargó, mediante cinco duros, unos versos para que fueran cantados en el Trianón, que era un café concierto instalado detrás de donde está hoy el Teatro Nuevo.

Remigio Masdeu, que así se llamaba el

estudiante, enjareteó la siguiente «Barcarola». Los versos eran los siguientes:

«Ola que sube,
ola que baja,
ola terrible,
ola fatal...
ola muy buenas,
ola ¿qué tal?»

La noche en que en el Trianón se cantó eso, la juerga que se armó deja en pañales al ruido que habría en la batalla del Marne.

Algunos años después nos trasladamos a Madrid. Con Alejandro Soler Rovirosa, conocimos en un café al extraordinario don Ramón María del Valle Inclán. La tarde que con el gran autor de «Voces de gestas», trabamos conocimiento en el cafetín, había gran revuelo. El ilustre don Ramón, amparado en el anónimo, había hecho unos saladísimos versos para acreditar un producto industrial, que se llamaba «Harina plástica», muy buena para el estómago. Valle Inclán había escrito lo siguiente, que apareció en la sección de anuncios del «Nuevo Mundo»:

«Retorciendo la filástica
un cordero, enfermó:
pero al punto se curó
¿Cómo: ¡Con «Harina plástica!»

A fines del siglo pasado, con Eduardo María Buxaredas, hicimos amistad con el que hoy es una gran figura de la escena. Nos referimos a don Francisco Morano. En las mesas del «Petit Pelayo», nos daban las tantas de la madrugada oyéndole contar cosas de teatro.

Una noche nos habló en la tertulia de un «barba» que tuvo en su compañía, capaz de equivocarse cien veces por sílaba, pero que poseía una envidiable serenidad para arreglar inmediatamente la equivocación. Morano nos hizo recordar que en «El Alcalde de Zalamea» «Don Lope de Figueroa» dice lo que sigue:

«¡Hola! Echa un bando tambor
y al cuerpo de guardias vayan,
los soldados cuantos son.»
Por poco versado que se sea, claramente se verá que si se escapa una sílaba, no hay forma humana de arreglar los versos. Pues bien, el autor, que iba con Morano, se equivocó y lo dejó arreglado, tal como sigue:
«¡Hola! Echa un bando tambor
y al cuerpo de «vayan», vayan,
vayan, vayan cuantos son.»
Con cuatro «vayan» quedó don Pedro Calderón apañado

Poseíamos en la Universidad un calendario que Federico Velasco se agenció, no sabemos dónde, y que a Margín Sandiumenge le divertía tanto como aquella estúpida «Elocuencia y Moral» de don Pablo Espel y Comas, en la que descubrimos la siguiente definición:

«—¿Qué es el fonógrafo?—Venía acto seguido la respuesta en un plural sabroso—, «Fonógrafo «son» los recuerdos y emisiones de nuestras familias por medio del norteamericano Edison.»

Pues bien, en el calendario de Velasco, entre otras cosas absurdas figuraba lo que sigue:

«—Enero tiene treinta y un días, como de costumbre. Febrero tiene veintiocho días, porque este año no es bisiesto, ni falta que le hace. Marzo tiene treinta y un día cabales. Abril tiene treinta días nada más. Mayo cuenta treinta días y veinticuatro horas. Junio, ordinariamente tiene treinta días. Julio treinta y un días, que parecen sesenta y cuatro. Agosto cuenta los mismos días que su antecesor. Septiembre va con treinta días. ¡Para «as más! Octubre treinta días, al parecer. Noviembre tiene treinta días completos. Diciembre sólo tiene treinta y un días.»

Por cierto, que este Perico Velasco era un muchacho extraordinario. Sus contestaciones, en clase, dejaban boquiabiertos a los catedráticos.

El difunto don Aurelio López Vidaur, que desempeñaba en el Instituto, la cátedra de Agricultura, contaba de Velasco cosas muy graciosas. Por ejemplo, un día le preguntó algo acerca de la siembra otoñal, y Velasco, como quien no dice nada, soltó lo que a continuación puede leerse:

«Durante octubre, los árboles sembrarán el suelo de hojas y los labradores sembrarán el trigo en la tierra, como sitio el más a propósito. Esta operación, que deberá preceder siempre a la siega y a la trilla, tiene verdadera importancia, pues es muy difícil coger mucho trigo sin haberlo sembrado antes.»

López Vidaur iba de asombro en asombro; Perico Velasco lo decía todo y bien y sin dar importancia a nada. Poseía la facilidad, el estilo oratorio guasón como pocos. Oído a lo que sigue:

«En los países fríos florecen poquísimas flores al aire libre. Sólo en los invernáculos y en los tocadores de las damas podrán criarse a fuerza de mimo y cuidado camelias y flores cordiales, como también se crían de este modo algunos alcornoques, y en el campo, los ganados, durante la otoñada, irán reproduciéndose como lo tenga por conveniente. En las huertas se cubrirán pudorosamente las plantas que estén repicadas o próximas a repicar. También se ciudadará de que los árboles frutales den lo «suyo». Por tanto, no hay que pedir peras al olmo.»

Velasco era así. Serio, aparentemente, como buen vasco. Un día en la casa de huéspedes que habitaba, una señora pensionista le preguntó si por un casual sabía dónde estaba instalada la Inspección y Administración de la Renta de Tabacos. Perico Velasco le dió las señas del Laboratorio Municipal, y, cuando hizo el doctorado en Madrid, al dar las señas de su domicilio—vivía en la calle de los Madrazo—se leía en la tarjeta: «Calle de Madrazo y su apreciable familia.»

De misa y olla

EL POBRE CURA DE ALDEA

por DOMINGO DE FUENMAYOR

Como no pende de mi cuello ningún marchamo de impiedad, ni ninguna medalla piadosa; como no llevo sobre el pecho ni sobre el corazón ninguna placa indicadora matiz determinado; como mi espalda no va marcada por hierro alguno, me creo con derecho a escribir un artículo defendiendo a los curas, llorando por los curas, manifestando mi congoja ante el vivir amargo de los curas. Y del pobre cura de aldea, sobre todo.

Y no porque ya no sea moda despotricar contra el clero, sino porque así me lo dicta la conciencia.

**

Barcelona, como todas las grandes ciudades, tiene a veces, entre el párrafo urbano, sorpresas de remanso, dulzuras de quietud muy gratas a los neurasténicos, a los melancólicos, a los enfermos de baracunda metropolitana. Y acaso en estos refugios de calma sea más pródiga Barcelona que las otras ciudades.

A un paso de las Ramblas, del hervidero urbano de las Ramblas, está la Plaza del Rey, mansa y provincial. Junto a la de Cataluña, la calle de Vergara, libre de ruidos. Y más allá, amplia y luenga, la señorial Rambla de Cataluña, de una como más noble y más sólida, menos improvisada, aristocracia que el Paseo de Gracia.

Pero hay otro recuerdo aún, grato sobre todos los apuntados: el sector de la calle de la Diputación, delimitado por las de Balmes y Aribau. En aquel trozo, formando el mástil de una tranquila «T», nace la calle de Enrique Granados, callada como ninguna. Y están las dos Universidades: la Literaria y la Pontificia.

Allí, alegremente, los futuros severísimos magistrados y los venideros obispos venerables confraternizan jugando a la pelota y al balompié. Las manos que lucirán las gemas de la dignidad eclesiástica o mantendrán el fiel de la Justicia; las testas que se tocarán con la pompa de las tlaras o con la precisa formalidad del birrete, abandonan los libros en el bordillo de las aceras. Y aún se da el caso de que posible fiscal hurraño del día de mañana,

salte con desenfado sobre las espaldas que en el futuro han de cobijarse bajo el arma litúrgica de las capas pluviales.

Pero futuros obispos hay muy pocos, hay muchos menos que problemáticos magistrados y posibles jueces. Y es que hay muy pocos futuros curas. En los patios del Seminario apenas si los «Gramáticos» y los «Filosóficos» bastan a pisar lo suficiente para que no asome sus melenas la hierba.

No estudian, no, los chicos para cura. Ser cura lleva en sí el voto de pobreza, desde luego, pero no al punto de no poder comer, no al punto de convertir la humildad en demasia, poco favorable a la dignidad del sacerdocio. Los curas, los pobres curas, esta es la verdad—la trágica verdad, tal vez—viven en penuria.

**

La gente se ha tomado demasiado en serio la obligación del voto de pobreza. Para conocer la verdad hay que convivir con los pobres ministros del Señor.

Pero dejemos a los curas urbanos, con sus beneficios de diez reales, los que lo tienen, y vamos a la aldea, como Luis Bello ha ido a la aldea a buscar la entraña del mal de la Enseñanza, de la falta de escuelas. Para ello, Luis Bello ha prescindido de las Universidades. Para enterarse de cómo vive el Clero, no es necesario entrar a los palacios ni a las «Secretarías de Cámara». Hay que ir a la aldea.

Junto al pueblo donde yo nací hay una. El cura de la aldea cercana a mi pueblo se ha «jubulado» ahora, al cabo de cuarenta años de sacerdocio, ¡con poco más de cien pesetas al mes!, tan poco más, que no llegan a formar los veinticinco duros. Bien es verdad que durante sus ocho lustros de actividad, no llegó tampoco a percibirlos nunca.

Yo puedo jurar que ese señor ha mantenido ímpoluto su voto de pobreza. Y, afirmo, además, que no era un sabio. Pero era bueno, bueno; tan bueno, que ahora está el pobre loco de contento con su jubilación.

**

En el Magisterio y en el Clero, hay mu-

chos apóstoles, e incluso muchos santos. Pero sabios no hay demasiados. A diez reales pueden obtenerse varones ecuanímes, llenos de rectitud y de buena intención y de piedad; sabios, no. Y en la Escuela y en el Templo son tan necesarios los sabios como los santos y los apóstoles.

Para ser sacerdote, es indispensable la vocación; pero también es precisa la ciencia, también la inteligencia es necesaria. Hay muchos, muchos curas inteligentes, curas poseedores de profunda cultura; pero son pocos para los que harían falta, hasta conseguir que en todos los casos estuvieran, cuando menos, a un mismo nivel intelectual el sacerdote y el penitente.

**

Si de mí dependiera la protección del Estado a la Iglesia, yo no sé lo que haría. Pero contraído el compromiso, hay que cumplirlo bien. El Estado tiene ahora la obligación de mantener a los curas dignamente, de rodearlos de los respetos a que su investidura es acreedora.

Es preciso que el vulgo olvide las frases de los mítines y las propagandas anticlericales, o clericales al revés. El sacerdote no está libre de las humanas tareas, pero el sacerdotado arroja un infimo tanto por ciento de malos sacerdotes; en esto, está por encima de las otras colectividades. Esta es la verdad.

Hay que hacer que los curas y los pobres curas de aldea, sobre todo, puedan alimentarse de algo más que del sol del cielo y del perfume de las flores y de sus reservas de piedad. Entre ir en automóvil y caminar con los pies descalzos sobre los guijarros, hay un término medio. Este término medio es el que exigen, por igual, la dignidad del Estado y la del sacerdote.

Los curas rurales, los maestros rurales forman las almas de los hombres futuros. Fracasadados los ciudadanos, del campo hay que esperar que vengan las nuevas generaciones, más fuertes y más puras. Pero no van a venir. Mientras los maestros y los curas vivan como viven, no van a llegar.

La moda ha dejado de ser una cosa frívola

por JUAN CARRANZA

No existe nada tan peligroso para la paz social como una crisis de trabajo. Los Gobiernos podrán encogerse de hombros ante las predicaciones ideológicas rojas; lo que no podrán mostrarse indiferentes es ante la aparición de los sin trabajo.

La paz social la pondrán más en peligro estos últimos, con sus brazos en espera de ocupación, que aquellos con sus frases violentas.

Habíamos quedado en que la Moda era una cosa frívola que no servía nada más que para que las gentes exteriorizaran su vanidad. ¿Podemos continuar sustentando el mismo criterio acerca de la Moda?

Creemos que no, so pena de caer en pecado de injusticia. En estos últimos tiempos la Moda ha dejado de ser frívola. Gracias a ella el número de los sin trabajo ha disminuído. La Moda ha desmentido a los que la tildaban de frívola y, además, ha desbaratado una de las frases más famosas del filósofo alemán Shopenahuer. Aquello

de que las mujeres eran unos seres de ideas cortas y de cabellos largos ya no se puede decir porque, sencillamente, no es verdad.

Los cabellos cortos en la mujer es lo que ha motivado que la Moda dejase de ser frívola para convertirse en algo muy transcendental.

Los hombres habíamos dado en afeitarnos sin el concurso del peluquero. Raro era el que no había entregado aún su rostro a la Gillet. Las peluquerías estaban a punto de cerrar y de poner en la calle a los que en ellas desempeñaban sus servicios.

Empero llegó la Moda imponiendo a las mujeres los cabellos cortos, y el número de los sin trabajo no se vió aumentado por los que estaban a punto de engrosarlo. La deserción de la parroquia masculina de las peluquerías no causó ningún trastorno, porque gracias a las indicaciones de la

Moda, fué substituída por una femenina.

Llegó a más la Moda. Los obreros que trabajaban en las fábricas de tejidos estaban amenazados de un paro forzoso. Las mujeres, con sus trajes escasos de tela, habían motivado un exceso de producción. Antes la Moda se sirvió de las mujeres para que no cerrasen las peluquerías. Para que no se viesen en el mismo caso las fábricas de tejidos se sirvió de los hombres. A las mujeres les obligó a llevar los cabellos cortos y bien cuidados; a los hombres les requirió para que usasen esos pantalones «Oxford», para cuya confección son precisos ocho o nueve metros de tela.

Los sociólogos siempre han tenido para la Moda los mayores desdenes. Ahora tendrán que reverenciarla. Con los cabellos cortos y los pantalones anchos, la Moda se ha hecho acreedora al amor de los sociólogos. Suponemos que estos no se lo regatearán.

Un mallorquín espiritual

EL RECUERDO DE RUBEN DARIO

por MARIO AGUILAR

Se han cumplido diez años, diez días, de la muerte de Rubén Darío, en la primavera de 1916. Amó tanto a Francia que al morir millón y medio de franceses, el mundo también, llenó su alma de desolación, también como las tierras de Francia. Van pasados diez años, y no ha vuelto la lengua castellana ni la vernácula, ni la transatlántica, a tener un poeta de su jerarquía. Hay lira, retumbantes y sabias lira, sobria, y emocional, liras que funcionan hábilmente, escuelas exóticas, pero el poeta multifacético y entrañable, el poeta que hacía oficios de caja de música, en la que todos los tones, sonaban, no lo poseemos, que por lo visto los poetas no son como los reyes, y no se da a poeta muerto, poeta puesto. El que hizo el «Canto a la Argentina», ¡qué canto hubiera compuesto a Franco y su nave! Ya no vive Rubén Darío, y claro, la gesta no tuvo canto.

La muerte de Costa y Llobera, primero, después la de don Juan Alcover, coincidiendo con el decenario de la muerte de Rubén Darío, me hicieron pensar en que el gran poeta, hubiera podido ser un poeta de Mallorca. Llegó a la isla maravillosa al-

go más que un hombre intensamente pálido que pulsaba la lira. Llegó el poeta que hubiera podido ser su intérprete máximo porque era su alma pagana y cristiana a un



Rubén Darío

tiempo; como lo es Mallorca, conjunción magnífica de gentilidad y de cristianismo, donde junto a la «cala» mitológica, se alza el cenobio o el «Calvario», enmarcado en cipreses.

Rubén Darío, como Chopín, buscó en Mallorca, el reposo y la fortaleza, y no enraizó en ella. Su obra mallorquina, son unos «Nocturnos» y unos versos, obra circunstancial a la que da permanencia el sello de sus espíritus geniales. Los dos, vivieron en la cartuja de Valldemosa. Los dos, con Jorge Sand, serán siempre evocados por el viajero. Pero más Chopín que es el más lejano y el más popular, que es ya una tradición. Que es, también, el que ya en aquella cartuja tiene un culto, por el fervor de una mujer inteligente y sensible. Y a esa mujer, doña Pilar Sureda, nos atreveríamos a solicitarle, que, junta a la lápida que recuerda a Chopín, fuesealzada la que dijera la corta vida mallorquina de Rubén Darío. Y a ser posible, que en la habitación que él ocupó, figurase aquel retrato de Vázquez Díaz, en el que Rubén Darío, aparece con el humilde hábito de los hijos de San Bruno.

Un centenario

El Real Monasterio de Sta. María de Pedralbes

por MACARIO GOLFERICH

Sor Eulalia Anzizu publicó en 1897 un estudio histórico sobre este monasterio de clarisas, enclavado hoy dentro del extenso perímetro de nuestra ciudad de Barcelona.

Fundó dicho monasterio la reina doña Elisenda de Moncada, esposa de Jaime II de Aragón, comprado en 1326 por 19,030 sueldos el «mas Pedralbes» a Bernardo de Sarriá, a su esposa y a su hijo, y recibido que fué el breve pontificio de Juan XXII, fechado en Aviñón, en febrero del mismo año, permitiendo la fundación de dicho monasterio de clarisas, procediéndose a la bendición del solar y colocación de la primera piedra en marzo del mismo año, y diéronse tanta prisa que en mayo del siguiente año 1327, se instalaba la comunidad de religiosas, las que en número de catorce dejaron el convento de Santa Clara, situado entre muros de Barcelona, cerca la puerta de San Daniel (o sea la actual plaza frente al Museo del Parque de la Ciudadela). Fué elegida abadesa de Pedralbes Sor Sobirana de Olzet y contándose entre la comunidad la sobrina de la reina Elisenda llamada Francisca Ca Fortella. Prosiguieron las obras con más o menos actividad, hasta 1412, en que terminó el Claustro, y la Sala del Capítulo no se hizo hasta 1416.

La iglesia es del tipo de las del Midi Francés, aprovechando los contrafuertes por capillas, iluminando la nave calados ventanales que permiten admirar la esbelta bóveda, todo dentro del más puro estilo gótico del siglo XIV, siendo muy de notar el campanario de base vetogona de tipo eminentemente catalán. El Claustro

tiene sólo construídos tres de sus lados, de galería de arcos ojivales con columnas de hay de a cuatro, capiteles de tipo de Gerona, siendo muy de notar el que tenga tres pisos. Tiene la iglesia y Claustro ricas sepulturas, descollando en el presbiterio la de la reina fundadora, pues quiso al enviudar de Jaime II, retirarse al monasterio de Pedralbes y vivir en él como religiosa y ser en él enterrada. Su sarcófago tiene doble estatua yacente, siendo la del presbiterio con traje real y en el interno de la clausura con el traje monacal de las clarisas.

El claustro bajo da entrada a la Sala capitular de severísimas líneas con riquísimas y raras vidrieras, y sobre la sala abacial una bellísima imagen de la Virgen Santísima con el Niño en brazos. El refectorio es muy sencillo con alta bóveda, lectoral, mesas de mármol y al fondo un Crucifijo moderno. En el centro del patio del claustro levántase una hermosa cisterna entre naranjos y limoneros.

Como partes arquitectónicas dignas de un estudio de cotejo son: la puerta de la iglesia que es gemela a la de Granollers, a la lateral de Santa María del Mar y a otras de tipo catalán del siglo XIV; el claustro era parejo al de Junqueras, hoy en la parroquia de la Concepción de nuestra ciudad, al de Santa Ana, al de San Juan de las Abadesas, al de Perelada y tantos otros; el campanario es de tipo igual al de Granollers, a los de nuestra Seo, al del Pino, Lérida, etc., de modo que dentro la escuela fran-

cesa que adoptase a nuestro país puede reputarse un monumento catalán, sonando en la construcción los nombres de los arquitectos Ferrer Peyró, Guillermo de Abiell y Domingo Grayena.

El monasterio de Pedralbes fué un museo de arte, hoy en gran parte desaparecido, pero conserva una Sala capilla llamada de San Miguel, situada en el piso bajo del claustro, cuya sala decoró con pinturas al fresco Ferrer Bassa, en el año 1345.

Puede estar en esta Sala capilla y mi imaginación empeñóse en escudriñar una entrevista-confesión que el rey don Juan II tuvo en esta sala con el dominico fray Gaspar Ferreras, del convento de Santa Catalina y quería arrancar de aquellos muros el por qué aquel rey que hizo morir a su primogénito, el príncipe don Carlos de Viana, aquel rey que hizo morir con veneno a su hija Blanca, que procuró la muerte de Jaime de Urgel, de Fadrique de Aragón, del hijo del infante Martín y legítimo heredero del Reino, que hizo morir al legítimo hijo de Pedro I de Castilla, llamado don Diego, pudo un fraile hacerle firmar una capitulación en que una ciudad rebelde y reducida a situación extrema por el largo asedio, aparecía fiel, digna y sustentadora de todo derecho.

Y precisa leer la capitulación que en 16 de octubre de 1472 firma en Pedralbes el rey don Juan II y los Consellers de Barcelona, para comprender la fuerza de hombre de un fraile, que sólo tiene por arma la voz de la razón y la conciencia.